

#5
2009

REVISTA DE Libros

Las elecciones sensibles

A cargo de

Gonzalo de Lucas

Sólo en la escuela soviética, en la que desde los años veinte los cineastas cumplieron una labor pedagógica paralela a la creación de sus filmes, se puede rastrear una completa filiación entre maestros. Si partimos de las clases de Eisenstein o Dovjenko, y seguimos a los sucesivos cineastas discípulos que luego fueron docentes, llegaríamos, por ejemplo, hasta Sokurov, en una línea de transmisión ininterrumpida. Pero quizás sólo haya sido en Francia donde la crítica de cine se desarrolló en su plenitud, donde entendió que también debía abarcar una función activa e intervencionista en la sociedad, propiciando el estreno de un filme, el descubrimiento de un cineasta o la acción política mediante la transmisión al público, como críticos, docentes o programadores, de las obras que debían defender.

La experiencia de Alain Bergala, desde su joven cinefilia en el sur de Francia hasta sus *años-Cahiers* y el encargo que en 2000 le hace Jack Lang, el Ministro de Cultura y Educación, adquiere su plena dimensión estética en la incumbencia vital que encontró en el cine, y las elecciones sensibles que suscita: “eso no se enseña, eso se encuentra, se experimenta, se transmite”.

Este libro es su autobiografía sentimental, y en ella el objeto de pasión, el cine, es siempre algo fluido y que no es posible obturar. Un arte que siempre ensaya, posibilita, puede: cuando no se convierte en posesión, mercancía, ilustración o adorno, el cine asombra porque sus *potencias de revelación* están siempre vivas y moviliza experiencias muy fuertes en nuestra relación con el mundo. Existe una hermosa transparencia y nitidez en este libro, en el que la pedagogía del cine no está petrificada, y es el aire por el que la luz recorre el espacio y emulsiona una película: una tarea de conducción, una transmisión.

Se trata del recuento de una experiencia docente, de unas tentativas prácticas, de un trabajo con el cine: defender “la emoción y el pensamiento que nacen de una forma, de un ritmo, que sólo podían existir en y por el cine”, y propiciar la sedimentación en la escuela de aquellas películas más desprotegidas. La invitación y el estímulo de este tratado –una pedagogía también para cineastas- es concebir la transmisión del cine de tal forma que las películas puedan verse como trazos de los procesos creativos, un arte que origina. A lo largo de su obra, Bergala ha procurado pensar los filmes a partir de los gestos creativos, de las cuestiones concretas que afrontó el cineasta: este ensayo es la síntesis de su trayectoria, y por eso está cargado de evocaciones personales y generacionales, y de citas que se integran como diálogos vividos o que han resonado en su cabeza durante mucho tiempo. Se sitúa en la tradición de libros como *Perseverancia*, de Daney, o *L’homme ordinaire du cinéma*, de Schefer.

Ha pasado más de un siglo de cine, y esa palabra, *transmisión*, es la que paradójicamente mejor define la anarquía, el desorden, la belleza del cine. La forma en que, con fe o confianza, los cineastas y los espectadores sintieron que el cine pasaba a través suyo. Quizás sea ya tiempo de remontar la vista hacia atrás para descubrir que, en el cine, la historia de la que más podremos aprender surge de ese entrelazamiento de transmisiones y filiaciones, *nuestra música*. Y si, tal como enseña *La hipótesis del cine*, remontar su tiempo es ir a favor de la corriente, es porque nos estremece hacia aquellos lugares que William Faulkner imaginó en *Las palmeras salvajes*: “Dicen que el amor muere entre dos personas. Eso no es cierto. No muere, le deja a uno, se va si uno no es digno, si uno no lo merece bastante. No muere: uno es el que muere. Es como el océano”.